

## Mossén Sixto y la Sarpassa

(Recuerdos en una noche de agosto de 2.002)

El que conozca Bocairent sabe que es un pueblo encaramado sobre un peñasco, por lo que no tiene mas allá de cincuenta metros seguidos razonablemente llanos.

Nuestra casa era la última de la última calle de la parte más alta del pueblo y para llegar a ella desde el centro había que subir un par de esas magníficas cuestas que han dotado a los bocairentinos de buenas piernas y fuerte corazón.

Por eso no era de extrañar que cuando mossén Sixto llegaba a nuestra puerta hisopo en ristre encabezado la “[sarpassa](#)”, estuviera bastante cansado y con ganas de sentarse unos minutos a comentar algo sobre tan singular costumbre tomando una cerveza o “*mejor un café con leche*”, casi todo chicoria, con unos rollitos de anís.

La “[sarpassa](#)” era un acontecimiento muy singular y consistía en que, una vez al año y antes de Pascua, los sacerdotes visitaban y bendecían una por una todas las casas del pueblo. Los moradores correspondían a la visita esperando pacientes junto a una mesita cubierta por un mantel blanco, sobre la que colocaban un recipiente con sal y otro con huevos, que entregaban al sacerdote en mayor o menor cantidad según sus posibilidades, y que se usaban para hacer las “monas” que el patronato repartía gratuitamente entre los niños o para donar a familias necesitadas, afortunadamente escasas.

Realmente en el Bocairent de mi infancia abundaba el trabajo por lo que no había más carencias que las propias de la posguerra y, salvo alguna circunstancia muy desgraciada, como una enfermedad del cabeza de familia o catástrofe similar, la gente era más o menos humilde pero no pasaba hambre.

La plástica del acto era magnífica: El sacerdote, con sobrepelliz y estola, avanzaba rodeado de niños portando cestas de mimbre llenas de huevos, que competían entre sí por ser los más “cargados”, mientras los vecinos permanecían en las puertas, bien esperando a la comitiva o bien comentando entre ellos las anécdotas de la visita ya realizada.

Esta costumbre, en pueblos donde todo el mundo se conocía, se prestaba a algún breve diálogo particular del mossén acerca del hijo que estaba en la “mili” o interesándose por la salud de la madre o comentando el tiempo que hacía “que no os veo por la iglesia” (“*mossén, ya sabe como es mi marido..*”)

Y mossén Sixto que era el visitante oficial de mi calle, tan singular como la propia sarpassa, asentía, sonreía y daba una palmadita igual de sincera e igual de cariñosa a cada una de las amas de casa, a la madre del militar, a la que tenía la madre enferma o a la poco frecuentadora de la iglesia “por las cosas de su marido”, anfitrionas todas ellas del sacerdote por ausencia de los varones que estaban trabajando.

Mossén Sixto era un sacerdote de los de antes, como de cabecera. Siempre he pensado que llevaba la idea de Dios más en su estómago que en su cerebro - entiéndase por esta metáfora que su fe era más visceral que teológica - y era, sobre todo, un hombre bueno y cariñoso.

Mossén era, en sí mismo, un verdadero anecdotario. Hombre de vocación tardía (de joven trabajó en una fábrica de mantas) y hermano de otro sacerdote al que yo no conocí pero del que tengo muy buenas referencias como hombre ilustrado, no había recibido de Dios el don de la palabra en tiempos de excelentes predicadores que nos encogían el corazón con sus voces tronantes, de forma que en cada uno de sus sermones o de sus pláticas acababa metiéndose en jardines realmente complicados de los que salía con bastante dificultad.

Nosotros le entendíamos perfectamente y hacíamos verdadera fuerza mental tratando de ayudarle, pero cuando decía rotundamente desde el púlpito “Jesucristo es una gallina”, por ejemplo, como conclusión de la parábola de la llueca y los polluelos y lo volvía a repetir una y otra vez sin saber como deshacer el ovillo de su razonamiento, la verdad es que nos hacía sufrir, pero entendíamos su mensaje que siempre era de amor y casi nunca de dureza o represalia divina en una época donde otros nos amenazaban con las llamas del infierno.

Hablaban el castellano con fluidez, pero de cuando en cuando soltaba lo que en el pueblo se conocía como una “espardenyá”, voz local que define una mala traducción del valenciano al castellano. Recuerdo una ocasión, por ejemplo, en las que nos invitó a comulgar diciendo “*el que quiera comulgar que se acueste*<sup>1</sup>”

Sin embargo todos los años tenía un momento de gloria: En Semana Santa, cuando se cantaba la pasión, subía al púlpito de la iglesia, hacía sonar su silbato para coger tono, se aclaraba la garganta y empezaba a cantar el evangelio en el papel de narrador, controlando atentamente que el párroco celebrante representando a Jesucristo, los concelebrantes en sus diferentes personajes y el coro parroquial haciendo de “gente del pueblo”, siguieran las pautas y el ritmo solemne de la narración.

Mossén Sixto visitaba a los enfermos y era muy apreciado cuando asistía a los moribundos donde también provocaba anécdotas entrañables dentro del dramatismo de la situación. Mas de una vez, cuando mossén Sixto, según el ritual, preguntaba a un enfermo amigo suyo de muchos años: “*Fulanito, ¿crees en Dios?*”, el moribundo, feligrés de toda la vida y de comunión frecuente, reunía las fuerzas necesarias para levantar la mirada y contestarle ofendido “*¿Me pregunta eso a mí?*”. Mossén Sixto le tranquilizaba con todo el cariño: “*Yo lo sé, pero tengo que hacerte estas preguntas para que hagas manifestación pública. Contesta*”.

Mossén Sixto era vicario del convento de las Madres Agustinas, que le mimaban. Supongo que las buenas monjitas eran las culpables de uno de sus pocos vicios conocidos: Le gustaba la buena comida casera y era bastante goloso. Por supuesto no era de extrañar si tenemos en cuenta que en aquella época una parte del sustento del convento provenía de la venta de dulces, muy apreciados por los vecinos y por los “veraneantes” que venían de Valencia, como el pastel de gloria o de “les montxes”, por ejemplo, que nunca tuvieron igual.

Recuerdo perfectamente el olor de la sacristía del convento de las monjas. Era un olor a limpio, a almidón y a alguna que otra hierba aromática, traída de la sierra Mariola o cultivada en su propio huerto, escondida entre la ropa talar o entre los manteles y paños de los altares. Pocos sacerdotes habrán disfrutado de semejante lujo de blancura y si hubiera otros, seguro que también eran vicarios en ermitas o monasterios.

---

<sup>1</sup> “Acostar”, en valenciano, es acercar

Mossén Sixto tenía varios periquitos a los que les enseñaba a rezar predrenuestros y avemarías y también a decir “ya me he cansado” en medio de las oraciones, lo que provocaba su falso enfado y nuestra hilaridad.

Vivía rodeado, casi sojuzgado, por tres mujeres: Margarita, su ama de llaves dedicada a su cuidado y siempre dispuesta a regañarle por sus excesos o sus defectos. Rosa, tan asidua a su casa que yo llegué a confundirme pensando que era el ama, de carácter vitalista y tan llena de vehemencia que acostumbraba a comenzar o rematar sus frases con la rotundez de algún que otro “collons” que hacía mover la cabeza del mossén. La tercera era Teresa “la monjera” que estaba al servicio de las mojas de clausura de las que era su voz y sus piernas y a las que mantenía perfectamente informadas de lo que ocurría en el mundo exterior. Teresa era la encargada de transmitir al mossén los recados de la madre priora.

Precisamente otro de los vicios de mossén Sixto era la partida de cartas que jugaban casi todas las tardes con tan singulares compañeras. No se como se componían las parejas ni de que se discutía, pero ¡cuánto hubiera dado por poder escuchar sus conversaciones!. Seguro que el buen clérigo tendría que poner en su sitio con frecuencia a alguna de sus contertullias por algún comentario demasiado osado sobre las cosas o las personas del pueblo. “Tindrás que confesarte..”, les diría más de una vez.

Mossén Sixto no fue nunca mi director espiritual, pero me confesé muchas veces con él, sobre todo cuando tenía pecados de cierto calado que me hacia temer alguna regañina bien merecida.

Los confesionarios de la parroquia estaban en la capilla del Sagrario, magnífica y oscura con sus excelentes frescos ahora restaurados. El del párroco al fondo y el de los vicarios, uno junta al otro, en la pared izquierda según se mira al altar.

El de mossén Joaquín solía aparecer libre de penitentes mientras que el de mossén Sixto presentaba siempre una cola notable de pecadores. Mossén Joaquín era exactamente lo contrario de Mossén Sixto: Intelectual, ascético y severo, nos hacía sentir realmente el peso de nuestra culpa y nos abrumaba a penitencias, mientras que mossén Sixto se lamentaba de nuestra debilidad, nos entendía, nos animaba a “ser buenos”, su frase más repetida, y nos despachaba con alguna penitencia de alivio, más fruto de su obligación que de su intención.

Ni se me ocurre juzgar a uno comparándolo con el otro. Mossén Joaquín era un hombre especial, al que ayudé a decir misa muchas tardes de invierno cuando estaba casi inválido y con la vista muy deteriorada. A pesar de sus dolencias nunca le oí quejarse y cuando acababa la misa y le ayudaba a quitarse el revestimiento, acostumbraba a agradecerme la ayuda en muchos idiomas. “¿Sabes en cuantas formas hay de dar las gracias?”, me decía: “Graçies, Thank You, merci beaucoup, arigatou, moito obrigado, etc.) y así hasta en diez o doce lenguas.

Pero visto con nuestros ojos de niño la cosa no tenía color: Con mossén Sixto te sentías perdonado, con Don Joaquín redimido.

Mossén Sixto murió en el pueblo y aunque lamentablemente me encontraba ausente en aquellas fechas, me comentaron que no se recordaba una manifestación de afecto como se produjo en su funeral. No faltó nadie, porque incluso los que no eran feligreses, por “cosas de la vida”, eran sus amigos y confiaban en él como persona aunque no le reconocieran como ministro.

Ahora, de mayor, muchas veces recuerdo a Mossén Sixto y me lo imagino llegando al cielo con un hato lleno de bondades propias y maldades ajenas que él fue recogiendo en su vida, entre las que estarían, sin duda, los pecados que yo le confesé y por los que siempre me perdonó moviendo la cabeza y diciéndome. *"tienes que ser bueno"*.

Años más tarde me encontré con otro sacerdote de un perfil parecido al que nunca traté pero siempre admiré. Don Vicente, párroco de la Virgen de la Buena Guía, en el Cabañal de Valencia.

Se parecían en lo externo: Extrovertidos, no demasiado cuidadosos en la forma y con nula capacidad oratoria. La diferencia es que a Don Vicente le tocó vivir su ministerio en un entorno mucho más conflictivo que le exigía un compromiso diario con su fe y sus feligreses, a los que nunca falló. Don Vicente se pasó la vida montado en una "Vespa" buscando ayuda y comprensión para su gente, tarea a la que se dedicó hasta la hora de su muerte.

Descansen juntos y en paz

José L. Martínez Ángel